



Javier Marías

Mano de sombra

Recopilación de los ciento cuatro artículos que fueron publicados en *El Semanal* desde el 4 de diciembre de 1994 hasta el 24 de noviembre de 1996, bajo el título general *Línea de sombra* por Javier Marías.

Nota previa

Este volumen recoge dos años de tareas dominicales que prueban mi nula disposición a santificar las fiestas. O dicho de otro modo, recopila los ciento cuatro artículos que un domingo tras otro fui publicando en *El Semanal* desde el 4 de diciembre de 1994 hasta el 24 de noviembre de 1996, bajo el título general *Línea de sombra* al principio y luego sin título. Aún prosigo esta sistemática profanación del día del Señor, pero me pareció que no estaba de más hacer un corte y reunir ya en forma de libro el trabajo de dos años, antes de que algunas piezas pudieran quedarse muy anticuadas o que el futuro volumen adquiriera proporciones disuasorias.

El último artículo, titulado «La infancia recuperada» en atención a Fernando Savater, podría leerse también el primero y me eximo de dar aquí más explicaciones sobre el carácter de la tarea y mis recelos respecto a ella.

He comprobado que algunos críticos que celebran y aplauden la reunión de textos dispersos de cualquier escritor adulado o amigo (digamos los «Caretá Felón», como los llamaba Juan Benet con el divertido anagrama de uno de ellos), se irritan mucho cuando soy yo quien junto esto y aquello, como si les fastidiara tener que añadir un título a mi bibliografía y corregir sus fichas y ordenadores (creo que ya lo usan casi todos, atentos funcionarios modernos). Así que supongo que estoy haciendo mal ahora. Huelga decir que la mera sospecha de hacerlo me induce aún más a hacerlo.

Más digno de consideración me parece el reparo de mi buen amigo Manolo Rodríguez Rivero cuando me aconseja no dar a la imprenta varias recopilaciones seguidas sin que medie una novela. Como es hombre sensato, me paro a sopesar sus palabras. Pero como es también insensato y además muy veleidoso, acabo por no hacerle caso. Al fin y al cabo, no dejo de escribir ninguna novela por publicar otros textos, y aquéllas llevan su tiempo, en llegar como en hacerse.

No he conservado el epígrafe de la sección, *Línea de sombra*, que me pareció adecuado para una colaboración en prensa pero no me lo parece para un libro, sobre todo porque ya existe *La línea de sombra*, de Joseph Conrad, y detesto que se usurpen y a menudo mancillen los títulos ajenos, sean los más tristes o los más dolorosos o los más capitalinos. La variación *Mano de sombra* podría ser apropiada para quien lo escribe todo con la zurda.

Es muy posible que el lector encuentre alguna que otra repetición, y me disculpo aquí por ellas. Debo reconocer que a uno no se le ocurren tantas cosas distintas semanalmente.

Como no me gusta que nadie se llame a engaño y pueda comprar este volumen creyendo desconocer sus textos, he aquí la relación completa de los diarios con que el suplemento *El Semanal* se entrega los domingos: *El Correo*, *El Diario Vasco*, *El Diario Montañés*, *La Verdad*, *Ideal*, *Hoy*, *Sur*, *El Norte de Castilla*, *La Rioja*, *El Comercio*, *Diario de Navarra*, *El Heraldo de Aragón*, *Las Provincias*, *Diario de Cádiz*, *Diario de Burgos*, *La Voz de Galicia*, *Diari de Tarragona*, *Diario de Jerez*, *Diario de León*, *Diario de Mallorca*, *Menorca*, *Europa Sur* y *Huelva Información*.

Y quizá no esté de más advertir, para quienes no hayan leído nunca ninguno de estos periódicos —gente de Madrid, Barcelona o Sevilla, por ejemplo— que las menciones que aquí y allá aparecen al «vecino» Pérez-Reverte se refieren a una exclusiva vecindad de página: su sección, titula-

da *A sangre fría* (él recurrió a Capote), precede siempre a la mía en el suplemento.

Y me parece que eso es todo. Bueno, al releer todas las piezas seguidas he tenido la impresión de haber opinado demasiado.

JM.

Diciembre de 1996^[1]

Ficciones bastardas

Como tantas otras cosas en nuestro tiempo, la Navidad es algo que ha abandonado la realidad y ha pasado a pertenecer al territorio de la ficción, es decir, al del fingimiento. Hace ciento cincuenta y un años, cuando Charles Dickens publicó su famoso *Cuento de Navidad*, la gente no se comportaba en esas fechas de una manera muy determinada ni veía aún dictados al pie de la letra sus sentimientos. Y hace cuarenta y ocho, cuando Frank Capra dio a conocer su exaltada película *¡Qué bello es vivir!*, las pautas impuestas por el propio Dickens habían tenido ya tiempo de sobra para calar en las sociedades occidentales, pero todavía podía detectarse cierta autenticidad en los comportamientos navideños: estaban ya regulados, pero digamos que se seguían con convencimiento, no como meras rutina y remedo. Ese librito y esa película son dos pruebas fehacientes del increíble poder persuasivo de las obras de ficción, que hoy en día impregnan y contaminan el mundo hasta un extremo difícil de calibrar. En el siglo XIX, quien quería alternar su vida real con unas dosis de vida ficticia, no tenía más remedio que acudir a las novelas y a los folletines; y quien, por el contrario, abominara de lo imaginado, podía pasar sin dificultades su existencia entera sin cruzar nunca el umbral que separaba con bastante nitidez lo vivido de lo inventado, lo experimentado en la propia carne de lo solamente fantaseado o ensoñado o contado.

En nuestra época, en cambio, esto último es casi imposible y lo primero –la alternancia– se hace arduo: vivimos en un mundo tan saturado de ficciones que nadie puede sustraerse a ellas o a la huella que dejan, cada vez más marcada, en el espíritu y el carácter de los contemporá-

neos. La ficción, antiguamente, se alimentaba en buena medida de la realidad o la tenía como referencia excepto en aquellas obras que eran clara y deliberadamente fantásticas. Hoy sucede al revés: no es sólo que la realidad imite al arte, como dijo Oscar Wilde en primer lugar y luego han repetido tantos, sino que el arte condiciona y domina nuestra realidad, como prueba a menudo la lengua coloquial: uno de los tópicos sobre Madrid, por ejemplo, es decir que tiene unos «cielos velazqueños», lo cual, bien mirado, es un disparate y una inversión o perversión de lo que tuvo que decirse inicialmente, a saber: que los cielos pintados de Velázquez parecían cielos en verdad madrileños. Del mismo modo, rara es hoy la situación en que alguien puede encontrarse a lo largo de su vida, raros son los sentimientos o las dudas o las obsesiones o los odios o las pasiones que pueda experimentar –rara es la vivencia –, que no hayan sido ya tocados o usurpados por alguna ficción, a la cual ese alguien se verá remitido inmediatamente, teniendo la sensación de que todo lo vive por mimesis o, por decirlo de manera más cruda, por segunda vez.

Quien no desee estar en contacto con la ficción no podrá escapar a ella. Se la sigue encontrando en las novelas, pero además en la radio, en los periódicos, en el teatro, en los cines, en la televisión: en forma de cuentos, de películas, de telenovelas, de culebrones, de piezas teatrales, de series y hasta de noticias. Esa saturación, esas referencias continuas afectan a la manera de vivir de la gente, y en nuestro tiempo alguien como Don Quijote, deseoso de llevar una existencia adecuada a sus lecturas, no sería tomado por loco, o mejor dicho, no tendría que hacer el menor esfuerzo (ni que disfrazarse, ni que cambiar de nombre) para ver cumplidas sus ilusiones. La experiencia más trivial, la conducta más vulgar o anodina, la vida más gris e insulsa han sido ya retratadas en alguno de los múltiples vehículos de que la ficción dispone en la actualidad.

De tal forma que cualquiera puede sentir sus vicisitudes como materia novelesca o cinematográfica y tener por tanto la impresión de que eso que le pasa «ya ha pasado» y está ennoblecido.

No estoy seguro de que esto sea bueno ni malo. Lo juzgarán lamentable quienes vean en ello una pérdida de autenticidad y espontaneidad, y les parecerá estupendo a quienes crean que tales cosas no son necesariamente virtudes, y que en un mundo privado de normas religiosas y hasta cierto punto morales es un consuelo que al menos haya unas pautas –las de las ficciones, las de los «protagonistas»– por las cuales la gente tienda a conducirse y regirse, en una especie de imitación inconsciente o interiorizada de las ficciones. En el caso de la Navidad no veo, sin embargo, tan positivo el fenómeno. Hace demasiados años que nuestras ciudades están malhumoradas: se han hecho agresivas y crispadas, impacientes y poco cordiales y nada corteses. Si a este mundo se le exige de repente, a fecha fija, que se conmueva y tenga buenos sentimientos hacia sus semejantes y se reúna con la familia y demás, lo normal es que el resultado sea el contrario del propuesto y deseado. Es decir, que la propia demanda de todo eso, impuesta desde la ficción y la convención, irrite aún más al ciudadano que no puede o no sabe cumplir con ella. Por eso, supongo, desde hace ya muchos años la Navidad suele ser el periodo en que la ciudadanía está más odiosa, desquiciada, brutal, irritable, furiosa y asalvajada. Nuestras ciudades se convierten en escenarios de la tortura y la exasperación, y por eso yo suelo encerrarme solo en casa a ver vídeos, para refugiarme en la verdadera ficción y huir de esa otra ficción bastarda a la que aún llamamos realidad.

Basura sobre las estatuas

Hace unos años publiqué un libro titulado *Vidas escritas*, con veinte breves semblanzas o retratos de escritores famosos a los que sin embargo procuré tratar como a personajes de ficción. Durante su redacción leí mucho material relativo a ellos (memorias, diarios, cartas, también testimonios de sus mujeres o maridos o hijos o hermanos) y me familiaricé con la idea de que la vida personal no tiene necesariamente que correr pareja con la obra de un autor. Un gran escritor puede ser un desalmado o un déspota o un traidor, una excelente persona puede no haber escrito una sola línea de interés. Eso *puede* suceder, y en España tenemos algunos ejemplos conspicuos que aún se pasean entre nosotros, aunque a lo mejor no son tan grandes los escritores oficialmente grandes. Pero *no es lo normal*. La mayor parte de los poetas y novelistas de quienes me ocupé habían sido magníficos literatos y personas notables. Algunos, además, simpáticos. Algunos nobles o valerosos. Algunos, también, engreídos o histriónicos. La mayoría enigmáticos, ingeniosos y francamente calamitosos. Supongo que tan imperfectos como los miembros de cualquier otro colectivo, artístico o no, si se los mirara de cerca o se supiera lo bastante de ellos.

En los últimos tiempos, sin embargo, no cesan de aparecer biografías de artistas y escritores célebres cuya única misión parece ser la contraria de la hagiográfica, a saber: demostrar que todos y cada uno de ellos fueron unos miserables en su vida personal: ambiciosos, canallas, tiránicos, plagiarios, crueles, mezquinos, egoístas, explotadores, fatuos, sádicos. Muy recientemente le ha tocado el turno a Bertolt Brecht, sobre quien ha aparecido en Inglaterra un libro según el cual el famoso dramaturgo no ha-

bría escrito parte de su obra, sino que se habría apropiado de lo que componía su colaboradora Elisabeth Hauptmann. Además, habría sido un mujeriego desafortunado, con seis amantes a la vez en alguna época (dicho sea de paso, me parecería admirable si las trataba bien a todas); habría antepuesto sus ambiciones privadas a cualquier interés social por las clases trabajadoras a las que defendía en sus textos; y así el resto. Hace poco se supo que el muy religioso Graham Greene, según otra de estas biografías malignas, habría sido un adúltero sacrilego, que gustaba de fornicar con su amante a los pies de un altar, acto que, dicho sea también de paso, a mí me parece de indudable religiosidad. Acaba de estrenarse la película *Tom y Viv*, basada en la relación del poeta T S Eliot con su primera mujer, quien perdió el juicio de mala manera y acabó sus días en un manicomio por culpa –vienen a decir la película y el libro correspondiente– del increíble egoísmo de quien tal vez haya sido el mayor poeta en lengua inglesa del siglo XX. De la acusación póstuma de homosexualidad o impotencia no se libra hoy casi nadie (como si tales cosas fueran lacras), hasta extremos irrisorios: he visto los temas de investigación propuestos al alumnado de una universidad norteamericana en lo que se refiere a la homosexualidad en la cultura española. Por supuesto, nadie se salva, aunque los argumentos sean tan peregrinos y policiales como decir que Pedro Salinas era sospechoso porque tradujo a Proust. Lo más cómico, sin embargo, es la sugerencia de investigar sobre el dictador Franco, quien, según ese programa de estudios, de joven viajaba a menudo de Marruecos a la Península sin su mujer, se rodeó de una dudosa Guardia Mora y probablemente tuvo por amante ¡al almirante Carrero Blanco! La verdad, es concederle a Franco mucha imaginación.

La lista sería interminable, y lo cierto es que resulta tan sospechosa como aquella otra tendencia antigua que mitificaba a la gente ilustre y señalaba solamente sus virtudes.

Tan falso es lo uno como lo otro, sólo que a la hora de denunciar a nuestros antepasados habría que extremar el cuidado, justo lo contrario de lo que se hace hoy día, en que se busca tan sólo el escándalo, con fundamento o sin él. Y ese cuidado habría que extremarlo no sólo porque los protagonistas no pueden desmentir ni defenderse, sino sobre todo por una razón muy simple que cualquier novelista suele tener en cuenta cuando habla de sus personajes de ficción y sin duda no tanto estos biógrafos y estudiosos que hablan de personas reales muertas. Los motivos de cada hombre o mujer para actuar como actúan son indescifrables para los demás, y nadie puede ponerse cabalmente en el lugar de otro, menos aún juzgarlo. Quizá esa sea la principal diferencia: los biógrafos investigan como policías y luego juzgan como jueces; los novelistas tan sólo cuentan, y al contar comprenden.

Elogio de la negación

Se habla mucho –no lo bastante– de la prensa irrespetuosa que manipula y husmea y falsea, y se baraja de tarde en tarde la posibilidad de establecer códigos éticos y pautas aceptables para todos los medios, sin menoscabo de la libertad de expresión. Quizá, mientras llegan tales quimeras, convendría ir frenando la manipulación y el cotilleo y el falseamiento con métodos más modestos pero al alcance de todos.

Una de las falacias de nuestro tiempo es la idea de que cualquier persona debe contestar a cualquier pregunta formulada por un periodista, como asimismo que todo el mundo debe hacer lo que se le pida, por ridículo o humillante que sea, en un programa de televisión. Hay un temor a «caer mal» o a caer en desgracia o a no dar suficiente espectáculo y diversión si no se hace así, y cada vez me sorprendo más al ver respuestas que sólo pueden ser bochornosas porque la pregunta ya lo era y no dejaba otra salida. A menudo los titulares de las entrevistas son un completo engaño. Leemos, por ejemplo, que un escritor ha dicho: «No soy como la Virgen de Montserrat», lo cual, además de obvio, parece una imbecilidad. Pero al leer el texto entero, veremos que es el periodista quien le ha preguntado: «¿Es usted como la Virgen de Montserrat?», y que el escritor se ha limitado a responder: «No». Ni la idea ni las palabras que aparecen en su boca se le han ocurrido a él, sólo ha cometido el error de contestar a la necesidad.

Para estos casos, y para otros más graves, los antiguos tenían la fórmula, hoy casi olvidada, del *negō suppositum* latino, es decir, «niego el supuesto», niego la pregunta. Si a uno le preguntan: «¿Ha dejado de pegar a su mujer?», la pregunta encierra la trampa. Si uno contesta «Sí», está re-

conociendo que antes la pegaba. Si contesta «No», lo que reconoce es que aún la pega, por lo tanto hay que negar la pregunta, no aceptar el supuesto. Hace cosa de un mes me llamaron de un periódico barcelonés para que respondiera a una encuesta. La primera pregunta decía: «¿Cree que Cataluña chantajea al gobierno español?». Tanto si yo contestaba «Sí» como si contestaba «No», estaba aceptando que «Cataluña», esto es, un pueblo entero, un país, tiene capacidad para chantajear a nadie, por lo que señalé que la pregunta estaba mal o capciosamente formulada, y en todo caso debería decir «el gobierno de Cataluña». La segunda pregunta era algo así como: «¿Cree que los intereses de Cataluña son otros que los del Estado?». Y aquí, de nuevo, tras hacer la misma corrección, hube de recordar que, mientras Cataluña no sea independiente, tan Estado es la Generalitat de Barcelona como el gobierno de Madrid. No hace falta decir que ninguna de estas precisiones, ninguna de estas negaciones, salió publicada en la encuesta. Pero al menos –es un consuelo– no se me hizo decir nada que yo no hubiera pensado antes.

Del mismo modo, es cada vez más frecuente ver contestar a la gente –famosa o no, en entrevistas personales o en encuestas o en programas «de la vida real»– a preguntas absolutamente indiscretas e impertinentes que no se le admitirían ni al mejor amigo, sobre la propia intimidad, sobre las relaciones particulares de cada uno, sobre gustos y preferencias muy privados, sobre lo que se hizo o se dejó de hacer tal día, sobre la propia sexualidad, las creencias o los sentimientos. Lo increíble es que casi todo el mundo responde al periodista lo que no le contestaría al policía ni al juez (no olvidemos que todo inculpado de algún delito tiene el derecho a no acusarse a sí mismo, incluso mintiendo). Se ha instalado en nuestra sociedad una especie de pánico al poder de la prensa, y muchos periodistas, a su vez, se aprovechan de ello para ejercer la intimidación más brutal y descarada.

Hace una semana, uno de ellos le preguntó a una actriz conocida mía, sin mediar palabra previa, qué hacía en un café conmigo la tarde anterior, y esa conocida me confesó, al contármelo, que había respondido automáticamente y casi aterrada: «Tomar un café». Todo era inocente además de obvio, pero lo malo es que contestara. Parece que nadie se atreva a negarse a nada, a negar las preguntas y decir «No respondo». Los personajes públicos temen ser maltratados si no «colaboran», y los que aún no son públicos no ven mejor manera de llegar a serlo que contestando a todas las inmundicias que se les ocurran a esos periodistas, tan abundantes, cuya misión ya no parece ser en modo alguno informar, sino lograr el mayor envilecimiento posible de las personas.

Aleixandre

El pasado 14 de diciembre se cumplieron diez años de la muerte de Vicente Aleixandre, y los tiempos han cambiado tanto que su figura parece ya tan remota como los años veinte en que empezó a escribir, y resulta por ello fácil caer en una aguda nostalgia. Nunca fue muy conocido del público, ni siquiera cuando recibió el Premio Nobel, y es una verdadera lástima que un país como este, en el que no abundan los personajes a la vez generosos, inteligentes y cálidos, se lo perdiera en gran medida como persona.

Lo disfrutaron en cambio innumerables poetas que iban a visitarlo a su casa de la calle Wellingtonia en Madrid (hoy lleva su nombre, él escribía «Velintonia»), y algún que otro novelista, entre los cuales me cuento. Desde los diecinueve años, poco después de publicar mi primer libro, solía ir a verlo cada mes o dos meses, según las ocupaciones de él y las mías. Las suyas, al parecer, no habían variado gran cosa desde su juventud: siempre delicado de salud, siempre proclive a estar echado, nunca había salido mucho, aunque una vez lo tuve delante en un cine, en el que no paró de parlotear aspaventosamente con su acompañante. Es bien sabido que hasta escribía echado en un sofá, con una manta por encima. No llegaba a recibir así a sus visitas, sometidas a un pequeño ritual invariable, desde la llamada protocolaria a una hora fija hasta la llegada al chalet que habitaba: primero salía un perro, luego una criada que lo conducía a uno a una salita en la que se esperaba, y por fin se dibujaba en el umbral, con paso rápido, la figura alta y pulcra de Aleixandre, casi siempre vestido con corbata y una rebeca gruesa abrochada, a manera de chaqueta. Le indicaba a uno dónde debía sentarse con